

APUNTES

SOBRE LA

ARQUEOLOGÍA DE LA PUNA DE ATACAMA

POR

Juan B. Ambrosetti

El Museo de La Plata posee una pequeña, pero interesante colección de objetos, reunidos en diversos lugares de la Puna de Atacama por el ex-viajero de ese establecimiento, señor Guillermo Gerling, durante su viaje de 1897 á 1898, cuyo catálogo razonado publicamos más adelante.

El mismo señor me ha entregado copia de su diario de viaje, del cual extractaré lo más interesante y útil que pueda servirnos para precisar el hallazgo que ha efectuado.

A él se deben las fotografías que ilustran este trabajo, cuyos clichés se conservan también en el Museo.

Para dar una idea de lo que es hoy la Puna de Atacama, donde en otro tiempo se desarrolló una civilización indígena de importancia, dejaremos la palabra al doctor Francisco P. Moreno:

«La altiplanicie de la Puna, cuyo límite occidental se halla «á una altura mayor de 10.000 pies, está cubierta, en una extensión de cerca de 60.000 millas cuadradas, por algunas serantas bajas, medio enterradas en las cenizas y lavas de «cientos de volcanes, algunos de los cuales se elevan á 20.000 «pies de altura y se hallan aún en actividad; lagos salados «desecados donde el borax se encuentra, hállanse también en «esta región (?).»

(?) F. P. MORENO: *Notes on the Anthropogeography of Argentina*, página 10, en «The Geographical Journal», Diciembre, 1901. Conferencia dada en el Meeting de Glasgow de la Royal Geographical Society de Londres.

« En los lugares montañosos en donde predominan las rocas « volcánicas, y el escenario nos aparece ahora como un mundo « muerto, con sus negras y verdes lavas, cenizas y rocas rotas « y agudas, las que el agua corriente nunca pulimentó, donde « fuertes vientos soplan todavía continuamente; estas tierras, « desiertas y quebradas son, aparentemente, inadecuadas para « una población estable; pero esto no ha sucedido siempre así. « Varias veces he tenido mis dudas de que muchas de esas « llanuras, valles, quebradas y elevaciones, y en todas he visto « pruebas, que en otro tiempo han sido pobladas y que el clima « reinante allí ha sido dulce y templado (1). »

El hallazgo más importante efectuado por el señor Gerling fué hecho en la pequeña aldea de Antofagasta de la Sierra, que se halla á 3516 metros de altura sobre el nivel del mar (2).

Una capilla rodeada por unos quince ranchos forman el pueblo, resguardado de los fuertes vientos que allí soplan, por una barranca de greda colorada. Su población es escasa; en todo el distrito, que abarca mucha extensión, sólo viven unos doscientos cincuenta habitantes.

Antofagasta está rodeada por los arroyos Mojones, Nacimiento ó Punilla por el oeste y el Chorrillos por el este, cuyas aguas se derraman en una laguna situada al sur, al pie de dos volcanes llamados Alumbreras, recientemente apagados y cuyas lavas llegaron hasta el medio de la misma.

Estas aguas, cubiertas de un espeso juncal, albergan varias especies de aves acuáticas.

Según el teniente coronel Estanislao Maldones, autor de un trabajo anterior (3), el arroyo llamado Nacimiento ó Punilla es el río de Antofagasta que desde su nacimiento por 67° 10' de longitud y 25° 40' de latitud hasta el punto denominado Trapi-che (?) tiene el nombre de río de la Punilla y es engrosado por los esteros Toconque y Niriguaca (?) y el río de las Pulas, originario del cerro Ilanco y el estero de Antofagasta.

El río Antofagasta corre de norte á sur; tiene una extensión de cuarenta y cinco kilómetros; sus aguas son abundantes y de excelente calidad y fertilizan las vegas de su nombre que circundan una profunda laguna de agua dulce situada al

(1) MORENO: Op. cit., página 11.

(2) *El Territorio de los Andes*, reseña geográfica descriptiva por su primer gobernador general Daniel Cerri. Buenos Aires, 1903.

(3) *Catamarca y la Puna de Atacama* (recopilación ó extracto) por E. M., Buenos Aires, 1899.

pie norte de los escoriales formados por el volcán apagado de la Alumbreira.

El río Mojones se desprende del cerro del mismo nombre.

Las aguas del río de Antofagasta regarían, según este autor, seiscientas setenta y cinco hectáreas, ó sean cuatrocientas cuabras de las vegas muy extensas que rodean el caserío y en donde pastan todo el año centenares de vacas y ovejas.

En verano, las haciendas llevadas allí, engordan con el pasto natural de estas vegas mejor que en los valles del este.

Actualmente existen dos pequeños alfalfares de una hectárea, que dan dos cortes al año.

Todos estos datos hay que tomarlos en cuenta, porque por sí dan una idea de la importancia del lugar, en donde, en otro tiempo, se radicó una extensa población indígena como lo demuestran las ruinas allí existentes.

Creo, con el doctor Moreno, que las condiciones climatéricas han debido haber cambiado con los años, por causas muy diversas que hoy no podemos explicarnos aún, pero los hechos existentes están allí para demostrarlo.

Según el general Cerri⁽¹⁾, la temperatura mínima observada en Diciembre fué de cuatro grados bajo de cero; ya uno puede imaginarse como será en invierno, y mientras tanto allí existen las ruinas de los canales de irrigación y las indicaciones de los campos cultivados de maíz, según el doctor Moreno, esto indicaría una población estable, tanto más que entre las ruinas del pueblo y en la lava negra descubrió hornos y pequeños crisoles de fusión y hasta moldes rotos para colar esos bellos discos de bronce que también hallamos en Calchaquí⁽²⁾.

En otras partes de la Puna, ha sucedido lo mismo; en el mismo trabajo, prosigue el doctor Moreno:

«En Antofalla, uno de mis asistentes hizo interesantes descubrimientos de un asiento de población calchaquí. Pasando de la parte sur á la región norte, en la región volcánica occidental y en los valles, las ruinas y los sepulcros son frecuentes en todos los lugares en que el agua existió en los tiempos remotos.»

«Las habitaciones humanas han sido descubiertas hasta una altura de 18.000 pies⁽³⁾.»

Apoyando este último dato, los miembros de la expedición

(1) Op. cit.

(2) Op. cit.

(3) MORENO: Op. cit., página 15.

sueca dirigida por el barón Erland Nordenskiöld, conde de Rosen y doctores Fries y M. von Hofsten, hicieron la ascensión del nevado de Chañi en la Puna de Jujuy y en el punto más elevado hallaron murallas, restos de alfarería y depósitos de leña de cactus. Y el doctor Nordenskiöld supone que en la época prehispánica, esa altura haya sido un lugar de sacrificios ó de señales.

La altura del Chañi es de 6100 metros (1).

Los detalles de este hallazgo se hallan consignados en el trabajo publicado por el mismo señor Nordenskiöld, últimamente (Mayo) en «The Geographical Journal» bajo el título de *Travels on the Boundaries of Bolivia and Argentina* (2).

PETROGLYFOS Y PICTOGRAFIAS

En los alrededores de Antofagasta de la Sierra existen muchos petroglifos interesantes, según el explorador chileno señor Francisco San Román, que los menciona en su conocido trabajo (3).

Ante los restos de la antigua civilización calchaquí que allí encontró durante una de sus campañas al frente de la expedición científica exploradora del desierto de Atacama, sostenida por el Gobierno de Chile, no pudo menos de admirar estas ruinas y de fotografiar á uno de estos petroglifos dedicándole las siguientes líneas:

(1) *Explorations dans les régions frontières entre la République Argentine et la Bolivie*. Extracto de *La Géographie* «Bulletin de la Société de Géographie».

(2) «Nevado de Chañi (20.000 feet) was climbed by von Rosen, Fries and von Hofsten. They reached the summit and there found the remains of two altars or something similar, round which there were some pieces of earthenware, a bead of blue-green mineral and — on and around the altar — a supply of cactus wood, etc. The so-called altars were built square, one side being open, and placed sideways with regard to their mutual position, thus not directed towards any special point of the compass. On one of the fragments of pottery a wedge-shaped ornament was painted. Similar patterns had been observed by von Rosen on pottery from Ojo de Agua, as previously stated, a large pre-Columbian dwelling-place at Quebrada del Toro. Beads of a similar kind are invariably found in all places and burial grounds. The wood lay both inside and piled round the walls, and — probably owing to the air at this elevation being peculiarly free from bacteria — it was in a very good state of preservation.»

(3) *Desierto y Cordilleras de Atacama*, Santiago de Chile, 1896, página 274 y siguientes, tomo I.

«Estas regiones fueron asiento de una numerosa población indígena sobre cuyas causas de desaparición no hay tradición alguna ó no he tenido la fortuna de descubrirla.

«Sus numerosas corrientes de agua; algunos de sus valles relativamente abrigados, i extensas praderas, cubiertas de abundante pasto, ofrecen elementos de subsistencia que justificarian, por las solas noticias de la tradición, aquel hecho, si no estuviera también materialmente comprobado por los restos de extensas tamberías i los surcos todavía visibles del ordenado i nutrido cultivo del terreno.

«Por la falda de las colinas inmediatas se ven aún los canales de irrigación, i desde las alturas se pueden dibujar las líneas geométricas de los cuadros i cuarteles de tierra, todavía visibles, á pesar de la vegetación natural que ahora los cubre.

«Las piedras pintadas, dibujadas ó escritas con los caracteres jeroglíficos de las razas indígenas, se ven con extraordinaria profusión alrededor de Antofagasta, i entre otras vistas fotográficas, es de las más interesantes la que obtuve reproduciendo con entera exactitud la cara lisa i casi pulimentada de un gran peñasco de traquita todo cubierto de inscripciones.»

Este petroglyfo ha sido publicado por el señor Karl Stolp en un trabajo titulado *Indianische Zeichen aus der Cordillere Chile's* (1).

El señor Stolp se limita á consignar los siguientes datos, á propósito de este petroglyfo: «Otros signos, que no tienen nada de parecido con los mencionados, se encuentran sobre una piedra cerca de Antofagasta. Estos dibujos se manifiestan de origen indio al primer golpe de vista, como lo demuestra la buena fotografía que me regaló el señor F. San Román, jefe de la sección geográfica geológica.

«Los dibujos de los guanacos demuestran que la piedra estuvo parada verticalmente en otros tiempos, cuando se hicieron los dibujos grandes, y que después, roída por el agua por debajo, cayó, siguiendo otros dibujantes adornando la piedra en su nueva posición.»

Esta piedra es muy interesante, puesto que presenta el tipo

(1) *Verhandlungen des deutschen wissenschaftlichen Vereines zu Santiago*, 11. Band, 1. Heft. Santiago de Chile, 1889, página 35 y siguientes, con dos láminas, una de las cuales se refiere á la pictografía del Cajón de Tinguiririca.



Petroglyfo de Antologasta de la Sierra (según fotografía del señor San Román).

de los petroglyfos calchaquies de los mismos valles, como el de Santa María, por ejemplo, donde hallamos los escudos representados en el de Andalguala (*), en las pictografías de Carahuasi de la provincia de Salta (**), en las urnas del tipo santamariano como traje de ciertos personajes en ellas pintados (***) y en algunos discos de bronce (****); por estos últimos se ve que representan personajes. En cuanto á los guanacos, son comunes á la mayor parte de los mismos.

El señor Gerling, en la Vega de Infieles, halló otra pictografía en una peña, cuya copia puede verse en la adjunta lámina IV, figura 2.

Las figuras han sido pintadas con color blanco; se hallan en parte borradas y representan á cuatro personajes con una diadema de plumas en la cabeza, vistiendo un poncho salpicado de puntos, como si fuera de piel de tigre. Dos de éstos llevan lanzas y los otros levantan las manos hacia arriba.

Debajo de estos personajes se alcanza á ver la silueta de otro y otros restos de figuras que no se sabe á qué referir.

Por esta pictografía, esta vega tiene el nombre de Infieles, y según el señor Gerling, sólo parece haber sido habitada por temporadas, probablemente durante la época de cacerías ó chacu de vicuñas.

Otro petroglyfo muy importante es el de Peñas Blancas, cuya copia me fué proporcionada por mi buen amigo y colaborador el señor Eduardo A. Holmberg, hijo (lámina IV, figura 4).

Para llegar á Peñas Blancas (4070 metros), hay que dar un largo rodeo y cruzar el extremo sur del Salar de Ratones para entrar en la quebrada del mismo nombre. Peñas Blancas se halla al pie del Cerro Ratones y en ese lugar se encuentran las inscripciones. He aquí cómo describe el señor Holmberg (hijo) este hallazgo (*):

«Al llegar á estas peñas, que son grandes moles de areniscas y conglomerados, pertenecientes al sistema de Salta, así denominado por Brackebusch, fuimos sorprendidos por la presencia de numerosas inscripciones grabadas en ellas por los

(*) A. QUIROGA: *La Cruz en América*. Buenos Aires, 1901, fig. 73, p. 190.

(**) AMBROSETTI: *Las grutas pintadas y los petroglyfos de la Provincia de Salta*. «Boletín del Instituto Geográfico Argentino», t. XVI, p. 328, 1895.

(***) AMBROSETTI: *Notas de arqueología calchaqui*, figuras 90 á 95. «Boletín del Instituto Geográfico Argentino», tomo XIX, páginas 61 á 62.

(****) *Id.*, figura 121, página 198.

(*) EDUARDO A. HOLMBERG (hijo): *Viaje por la Gobernación de los Andes* (Puna de Atacama), 1900, página 44 y siguientes. (Publicación del Ministerio de Agricultura.)

primitivos habitantes. La cantidad de dibujos y el modo cómo están hechos, puede ser un indicio de que aquello fué habitable en otros tiempos y que el agua, al retirarse de pronto, como suele suceder en esas montañas, convirtió aquello en un páramo.

«Para nuestros americanistas, las inscripciones de Peñas Blancas son de gran interés, porque su existencia y semejanza con muchas de las que se hallan en los valles de Santa María y Calchaquí, demuestran que los calchaquies poseyeron también aquellos lugares, en los que dejaron sus tumbas é inscripciones.

«El viento que azota continuamente los paredones en que están las inscripciones, ha rebajado el nivel del suelo, dejándolas á dos y tres metros de altura, en un espacio mayor de cincuenta metros de longitud.

«Sobre el plano en que hicimos campamento había tumbas y muchos huesos humanos y de vicuñas, dispersos y vueltos, á los que había que agregar restos de vicuñas recientemente muertas por los cazadores que hacen aquí con frecuencia sus campamentos. Por la forma del terreno y la abundancia de huesos, éste debe ser seguramente uno de los lugares de chacu, donde tienen lugar esos rodeos de vicuñas, en que se las mata por docenas.»

La descripción de este singular petroglyfo ofrece muchas dificultades por cuanto el desgaste de la peña ha hecho desaparecer muchos trazos de los signos que hoy se nos presentan incompletos.

De todos los similares que conozco, sólo puedo referirlo á los dibujos de la gruta de Chiquimi en el valle de Santa María, cuya copia hecha también por Holmberg, tuve ocasión de ver una vez en poder de mi estimado colega y amigo, el doctor Adén Quiroga, pero, con todo, son muy diferentes.

Hay signos que indudablemente corresponden á la figura humana, sobre todo partes de cuerpos de personajes en cuyos ponchos se ven signos, como en los que se hallan pintados en las urnas funerarias del tipo santamariano.

Varias figuras en zigzag quizá pudieran representar rayos, tanto más que hay alguna asociada á esa figura compuesta de una línea horizontal pestañada en su parte inferior de cortas verticales y que he referido á líneas de lluvia (*).

(*) *El Sepulcro de la Paya* en «Anales del Museo Nacional de Buenos Aires», tomo VIII, (serie 3ª, T. 1), página 138 y siguientes.

Interesante es el disco cuartelado conteniendo elementos de grecas, y el otro con un morterito ó excavación en el centro rodando por una línea en zigzag.

Tres morteros ó excavaciones circulares, dos arriba y uno debajo ligado á un zigzag, todos de gran tamaño, ocupan casi la parte central; dada su posición vertical, no es difícil que hayan sido huecos destinados á recibir pequeños ofrendas.

A la derecha se ve un grupo de signos muy curiosos: la silueta de un pájaro volando y una serpiente en sentido inverso; ambas figuras tienen la cabeza redonda. Estos dos símbolos aquí unidos como en las urnas funerarias y pucos, merecen tomarse en cuenta.

Más á la derecha se ven restos de siluetas humanas y entre ellas una cara con los ojos y la nariz dibujados exactamente como si se tratara de un ídolo tallado en piedra del tipo colchaquí.

Lástima grande es que el paredón que tiene este gran petroglyfo se halle descascarado en muchas partes, como puede verse en el dibujo, en el que sólo se han señalado las grandes zonas destruidas, habiendo sido imposible, por falta de tiempo, el haber señalado en cada uno de los signos la parte de deterioro que los circunda y que los ha dejado incompletos en su mayoría.

Notable también es la profusión de puntos ó pequeños hoyuelos grabados en líneas rectas y en otras direcciones formando una especie de canavás sobre el cual parece se hubiesen grabado posteriormente los signos.

La parte inferior de la figura del petroglyfo y separada por una línea curva, representa los signos que se hallan en la parte superior del paredón, que siendo algo saliente, forma como una especie de techo; entre éstos merecen mencionarse dos siluetas de guanacos ó vicuñas.

Ya que de petroglyfos nos ocupamos, no debemos dejar de mencionar aquí los de San Bartolo, cerca de Atacama, y lo que de ellos nos dice el doctor R. A. Philippi en su conocido viaje al desierto de Atacama⁽¹⁾:

«Volviendo al día siguiente para Atacama, dejamos el valle principal y caminamos algunas leguas en la altura de la ribera oriental, para tener una vista de los cerros altos situados al oriente, pero no se veía mucho más que del pueblo mismo.

(1) *Viaje al Desierto de Atacama hecho de orden del gobierno de Chile, 1854—1855.* Halle en Sajonia, 1860, un volumen.

En este camino pude examinar la corriente traquítica descrita más arriba en toda su extensión y grandeza. Habiendo entrado en un sendero muy trillado que venía del pueblecito *Machuca*, encontramos al lado occidental del camino, en la traquita, una pared perpendicular, casi de seis pies de alto, lisa, en parte trabajada artificialmente y enteramente cubierta, en la extensión de cien pasos por lo menos, de figuras, por lo que el camino se llama *Camino de las Pintadas*. No son otra cosa que las perfiladuras grabadas en la piedra, y representan principalmente guanacos de todos tamaños, uno encima y aun uno dentro de otro; pero se distinguen también perros, zorros, serpientes y pájaros.

«Figuras de hombres son raras y no son bien dibujadas (véase lámina IV, figura 1). Creo, á lo menos que la figura *a* en iii, debe representar un hombre y figura *b* una mujer. A menudo los perfiles de una figura cruzan las de otra, como se ve en iv. Los guanacos son hechos mejor; en iv se distinguen bien sus dos dedos. Algunas figuras me parecen geroglifos, por ejemplo: las de i, las dos figuras en forma de bastón, *a* en ii, la figura *c* en iii. Se cree generalmente que esas figuras son hechas en tiempo de los Incas antes de la llegada de los españoles, ¿pero con qué objeto? Los contornos, á la distancia de varias leguas, son un desierto horrible, sin un vestigio de vegetación, sin habitación humana. Nadie alisará una pared de peñasco y en tanta extensión, y grabará en ella muchos centenares de figuras sólo para pasar el tiempo. ¿Deben, acaso, transmitir á la posteridad la memoria de una de aquellas grandes cazas de que habla Garcilaso de la Vega? Los Incas, según él, mandaban hacer en cada provincia de su reino, de tiempo en tiempo, grandes cazas, en que debía ayudar toda la población; se rodeaba un espacio muy grande, y yendo los hombres con muchos gritos y mucho estruendo paulatinamente al centro, cercaban casi todos los animales que se hallaban en ese espacio en un círculo de hombres del cual no podían salir. Entonces se mataban los animales dañinos, como leones, jaguares, osos; de los comestibles, como son ciervos (guemules), guanacos, vicuñas, se mataban sólo un cierto número de machos, cuya carne se distribuía á la población, dejando vivir el número necesario para la propagación de la especie. Se cogían todos los guanacos y vicuñas aun las hembras y se esquilaban para obtener su lana que se repartía igualmente, y entonces se ponían en libertad, como también los ciervos. Garcilaso se queja que este sistema, muy racional, se había aban-

donado por los españoles, que cazaban sin método con sus armas á fuego, machos y hembras y en todo el año, sin el provecho de la población general.

«Estas esculturas y las numerosas ruinas de casas y pircas situadas en lugares absolutamente desiertos y sin agua, son un fenómeno muy singular, y sin embargo muy frecuente. Regresando de Atacama á Copiapó hallé á lo largo del Camino del Inca, numerosas pircas en tales lugares, y Darwin ha hecho notar el mismo hecho. (Véase «Journal of Research into natural history» etc., ed. 2, p. 356.) Halló las ruinas mejor conservadas en Tumbillos (portezuelo de Uspallata) donde quedan aun puertas, las que son bajas como en todos los antiguos edificios peruanos, teniendo sólo tres pies de alto. Muchas de estas ruinas se hallan, según el viajero inglés, en la altura de las nieves perpétuas y en lugares donde no hay portezuelos. Respecto á las esculturas, parece que se hallan con frecuencia en la provincia peruana contigua á la de Atacama, en Tarapacá.

«El señor Bollaert describe las de la *Quebrada de los Pintados* cerca de Manf. Allí se ven figuras de indios, llamas, perros y otras; pero las figuras son del alto de 20 á 30 pies, y cortadas en una marga arenosa con líneas del ancho de 10 á 12 pulgadas y de 6 á 8 pulgadas de hondura. Cree que las figuras son posteriores á la conquista.» (Véase sus *Observations on Southern Perú*, read before the Royal Geographical Society, Londres 28 Abril, 1851.)

RUINAS

Las ruinas de Antofagasta de la Sierra, según el señor Gerling, se dividen en dos grupos.

Uno se halla á dos leguas escasas al sur del pueblo actual, al pie de los dos volcanes apagados llamados de la Alumbreira y en medio de las escorias y lavas.

Estas ruinas, que parecen haber sido fortificaciones, ocupaban puntos estratégicos. Al sur, están protegidas por los mismos campos de lava y escorias que se extienden por más de una legua, y por el norte se hallan dos lagunas separadas por un angosto istmo que con facilidad puede defenderse.

Por dentro, las ruinas se presentan como un laberinto de callejones y habitaciones grandes, todo como trincheras y obras de defensa, imposible de orientarse y trazar rápidamente un croquis por la gran irregularidad de estas construcciones.

El segundo grupo de ruinas se halla como á una legua algo al sudoeste del pueblo actual. Eucuéntanse en una lomita coronada por murallas de forma circular: al pie de ella se ven extensas pircas ó paredones de piedra que encierran espacios cuadrilongos que seguramente representan los antiguos terrenos de cultivo. Según el señor Gerling, los vestigios se hallan ocupando una extensión casi de una legua cuadrada.

La elección del paraje demuestra pleno conocimiento de la región y en su tiempo debió haber sido éste un verdadero oasis en ese desierto, pues todo debía ser regado por el río que aún



Ruinas de Antofagasta de la Sierra indicando los antiguos rastrosjos

corre en medio de este valle, cuya agua hoy ya no se aprovecha, perdiéndose en las lagunas, dividiéndose antes en numerosos brazos que forman los actuales ciénagos donde pacen en verano los animales destinados á Chile y Bolivia.

En varios otros lugares de la Puna existen también ruinas, á unas ocho leguas al sur de Antofalla en la misma orilla de la Salina, en el lugar llamado *Botijueta*: el mismo señor Gerling vió de paso algunas pircas cuadrilongas y circulares y un sepulcro vacío del tipo de los que más adelante se describen.

En Antofalla y en el punto llamado Tebenquiche, una legua más al norte, halló también caseríos y murallas que indican que en otro tiempo hubieron muchos habitantes.

En los alrededores del Cerro de San Francisco halló también pircas y cavernas formadas por las lavas: allí sólo encontró unos pocos fragmentos de alfarería, habiendo sido inútiles las excavaciones que practicó.

Al noreste de Antofagasta, en dirección á la provincia de Salta, en la *Vega del Cerro Gordo*, el señor Eduardo A. Holmberg (hijo) halló varias ruinas cuyos croquis me ha entregado, junto á la copia de su diario de viaje que á ellas se refiere. (Véase lámina IV, figura 3.)

«Abril 15, domingo. En cuanto me he levantado y echado una mirada á este pequeño valle, me he dado cuenta de que habíamos acampado en las ruinas de una población india. Estas ruinas tienen un carácter particular. Son habitaciones muy pequeñas, como si hubieran sido hechas teniendo en cuenta los fríos.

«Las paredes, en muchas partes se conservan íntegras. Eran perfectamente hechas, del lado interior muy planas lo mismo que del exterior y han sido calafateadas con piedras más pequeñas para que el viento no pase y para que se conserven más. En general son de 4 cuartas de ancho por 5 y 6 de altura. Casi cuadradas, habiéndolas también circulares. Casi todas están separadas por una distancia de 2 á 3 metros, y si alguna parece con paredes comunes á dos, observando un poco se nota que esto se debe al derrumbe de las paredes, pues son dos pircas separadas por 50 á 80 centímetros. Los ángulos están siempre muy bien hechos; de los siete cuartitos (lámina IV, figura 3a), no he podido distinguir las puertas. El largo de *b* es de 20 pasos, y el ancho de 10; *c* tiene otros veinte.

«Me llamó la atención en el primer momento la falta completa de morteros, pero luego me la he explicado. Dado el medio en que vivían no les era posible cultivo alguno, por los fríos, las heladas, la falta de agua y el mismo suelo. Necesariamente vivieron sólo de las vicuñas, con lo cual los morteros les eran innecesarios.

«Las piedras las han traído lo menos de quince cuadras de distancia. La alfarería que he visto consiste en los fragmentos que han sacado los ocultos ú ocultucos. Estos son toscos, gruesos y ásperos, generalmente de color ladrillo. Una sola puerta he visto (lámina IV, figura 3d).

«La habitación *b* debe de haber estado dividida antes como *a*, pero lo que eran tabiques ha sido transportado sobre las pircas, por los arrieros que paran aquí, distinguiéndose, sin embargo, lo que era pircas antigua de la moderna, porque ésta última sólo son piedras que están las unas sobre las otras como guardando el equilibrio.

«Este valle está formado por el norte por las ramificaciones

del Cerro Gordo (4250 m.), unidas á una lomillada por el este, cuyo nombre el guía no conoce; por el sur y oeste el Cerro Patos. Las ramificaciones del Cerro Gordo, no tienen piedras visibles y si están cubiertas del pasto hiro. El sur y oeste son rocas graníticas muy fragmentadas. En la ciénaga hay añagua y pasto, *ciénaga blanda*. El agua del Río Grande que pasa á lo largo es algo salobre y transparente. El ciénaga ó vega ocupa todo el plano de este valle.»

El señor Philippi hace mención también de un pucará ó fortaleza indígena y de las ruinas de una antigua población en el lugar llamado San Bartolo, cerca de San Pedro de Atacama.

Conviene reproducir lo que él ha dicho sobre estos restos de la extinguida población, pues corrobora la afirmación hecha más adelante por el doctor Moreno sobre el cambio de clima y condiciones de vida de la Puna de Atacama.

Dice el doctor Philippi:

«El camino conduce casi siempre por el río de Atacama, que se atraviesa cincuenta ó sesenta veces; en ninguna parte era más hondo de dos pies; donde el valle se dilata algo, hay pequeños sembrados de alfalfa, maíz, zapallos, trigo, rodeados de pircas ó de tapias y se ven también muchos algarrobos y chañares, pero pocos perales.

«Por el espacio de media legua quedamos en la llanura, y tenemos sólo de vez en cuando al oriente colinas de escombros estratificados horizontalmente que no llegaban á cien pies de elevación. Después entramos en una serranía baja por una abra bastante ancha. Al poniente se levanta una colina del alto de 200 á 250 pies, limitada al norte por una quebrada muy honda que corre de este á oeste; al poniente por un corte artificial, y al levante por el valle del río, teniendo en estos tres lados faldas casi perpendiculares; es sólo accesible por el sur donde se inclina paulatinamente y lleva en su cima pircas, restos de casas antiguas. Se dice que los atacameños se retiraron en este lugar á la llegada de los españoles y que se defendieron por algún tiempo en esta situación ventajosa; era, por consiguiente, una de esas antiguas fortalezas colocadas en la cima de los cerros, como las había muchas en el Alto Perú donde se llamaban Pucará.

«Habiendo subido á la altura para cortar una curvatura del río, hallamos en medio del desierto más completo y desolado enteramente y desprovisto de vegetación, un gran número de pircas, según toda apariencia, casas antiguas de indios. ¿Qué

motivo podían haber tenido para levantar casas en un lugar tan triste y absolutamente desprovisto de recursos? Un ensanchamiento del valle, donde hay muchos algarrobos, chañares y perales, como algunas casas, se llama San Bartolo, y de este lugar hasta el trapiche de Don Diego, hay todavía una legua.

«En las minas de don Diego Almeida (compañía Almeida Elizalde y Puch), los antiguos indios habían ya sacado cobre de esta mina. A cuarenta pasos había un socavón, era también una mina antigua y se habían encontrado en ella varios útiles de indios, entre otros, combos de cobre; yo mismo hallé una pala de madera, teñida de verde por sales de cobre⁽¹⁾.»



Dos sepulcros cerca de Antofagasta de la Sierra

SEPULCROS

El señor Gerling halló varios sepulcros abiertos anteriormente y tuvo la suerte de explorar dos cerca de Antofagasta.

La figura de la página siguiente muestra la forma y detalles de construcción de dos de ellos que pudo fotografiar. Como se ve, se hallan situados sobre una lomita y su techo ó bóveda ha sido formado por grandes bloques de piedra alargados. Esto es debido á la abundancia de la toba volcánica que permite la extracción de trozos de ese tamaño.

(1) *Viaje al Desierto de Atacama*, páginas 60 á 62.

En los valles calchaquies y en Hualfin (4), los techos de los sepulcros están formados por la superposición paulatina de piedras alargadas que van poco á poco cerrando la bóveda; pero allí se comprende que suceda esto, puesto que es difícil procurarse, las más de las veces, piedras alargadas. Sin embargo, Methfessel (5) halló en Loma Rica un sepulcro cubierto por trozos alargados de piedra, pero esta forma no es común allí, mientras que en Antofagasta parece que sucede lo contrario.



Sepulcro en Antofagasta de la Sierra

Los sepulcros explorados por el señor Gerling, tenían una profundidad de un metro por uno y treinta centímetros de diámetro, completamente redondos; las paredes laterales estaban formadas por piedras paradas unas al lado de las otras, y el techo, como hemos dicho más arriba, por largas lajas, una de las cuales puede verse en la fotografía.

(4) CARLOS BRUCH: *Descripción de algunos sepulcros calchaquies*. «Revista del Museo de La Plata», tomo XI, páginas 11 y siguientes.

AMBROSETTI: *El sepulcro de la Paya*. «Anales del Museo Nacional de Buenos Aires», tomo VIII.

(5) H. TEN KATE: *Anthropologie des anciens habitants de la région calchaquie*. «Anales del Museo de La Plata», página 16, figura 12 y siguientes.

Lo interesante y característico de estos sepulcros era un revoque hecho con una tierra roja arcillosa, bastante dura, que parecía una especie de cemento. Esto no he tenido ocasión de observarlo en los sepulcros por mí explorados; tampoco Bruch ni Methfessel han hallado este revoque.

Estas tumbas tenían, según el señor Gerling, la forma de un horno enterrado, con una puerta al oriente, cerrada por una piedra bien ajustada.

En la superficie del suelo no había señal alguna y sólo se denunciaban por una pequeña elevación.

Esta forma de sepulcros no fué observada por él sino en la parte alta de la Cordillera.

ARQUEOLOGÍA

En esta sepultura se hallaron nueve esqueletos humanos, dos cráneos de perro ó zorro que aún no han sido bien estudiados por un especialista, y otros dos cráneos de un pequeño mamífero, el *Cynomys* ú oculto de la Puna.

Este pequeño roedor es sumamente abundante en algunos parajes, é invade grandes extensiones del suelo, minándolo con sus cuevas.

No es difícil que los viejos habitantes de la Puna los hayan comido en gran cantidad, como actualmente hacen los indios onas de la Tierra del Fuego, donde también abunda otra especie del mismo género.

En cuanto á la presencia de perros en las tumbas, no es este el único caso; el señor Gerling, cerca de Casabindo, halló un esqueleto con un perro en una tumba; por mi parte, hallé el esqueleto de otro, en otra tumba de Molinos (provincia de Salta).

Los objetos que acompañaban á los cadáveres eran:

Alfarería (lámina I):

Nº 28. Pequeño vaso pulido fragmentado, color ante, con una franja central de dibujos de paralelógramos, con su interior reticulado de color rojo, interceptados por triángulos de lados ondulados de color azul, uno arriba y otro debajo, sin tocarse, de manera que el conjunto forma una guarda ornamental de mucho gusto.

Nº 29. Olla de pie (aquí falta) del tipo común, hallada en Jujuy⁽¹⁾ y norte del valle Calchaquí⁽²⁾, pero con asa diferente. Estas vasijas se fabricaban con el objeto de que sirviesen para cocer los alimentos, pues su pie central le servía de sustentáculo al mismo tiempo que permitía al fuego rodear casi todo el fondo y paredes laterales de la vasija; su uso lo indica una capa de hollín que cubre parte del fondo. Su forma es elegante, aun cuando su construcción sea tosca; en su pasta se notan muchas partículas de mica.

Nº 30. Jarrito con una pequeña asa, rojo claro, de factura elegante, con rastros de pintura tosca.

Nº 31. Jarro de forma casi cilíndrica. Una de las piezas de alfarería más bellas y más finamente decoradas; pertenece al tipo de las de tres colores de la cuenca de Londres⁽³⁾, Santa María y Santiago del Estero. Sobre fondo color ante, casi blanco, alternan dibujos color azul y rojo. Una guarda se destaca en color ante de un fondo azul, guarda que ya he hallado en otros objetos de Jujuy, sobre todo en un mate, grabado á fuego, de cochino, y que figuré en otro trabajo anterior⁽⁴⁾. Esta guarda es formada por escaleras que arrancan de una línea vertical en cuyos extremos superior é inferior y en sentido inverso lleva un elemento de greca. Debajo de ella, grandes ángulos de líneas gruesas, con su borde interno ondulado, se alternan, unos rojos y otros azules, colocados en sentido inverso; dentro de cada uno de éstos, aparece un triángulo alargado del mismo color; estos triángulos están acompañados, en su base: los superiores, de pequeños cuadrados del color contrario, y, los inferiores, con círculos con punto central; esta última figura es una de las típicas de esta clase de alfarerías y ya me he detenido sobre ella anteriormente⁽⁵⁾. Colocadas en sentido alterado é inverso, encerradas en esos grandes ángulos, las he supuesto representaciones de caras de aves míticas.

(1) AMBROSETTI: *Datos arqueológicos sobre la Provincia de Jujuy*. «Anales de la Sociedad Científica Argentina», tomo LIV, figura 42. *El sepulcro de la Paya*, figura 15.

(2) *Datos arqueológicos*, etc., página 58.

(3) *Noticia sobre alfarería prehistórica de Santiago del Estero*. «Anales de la Sociedad Científica Argentina», tomo LI, página 164 y siguientes.

(4) *Los pocos pintados de rojo sobre blanco del valle del Yocavil*. «Anales del Museo Nacional de Buenos Aires», tomo IX, página 357 y siguientes.

Nº 32. Ejemplar fragmentado, seguramente ha sido un jarro de boca angosta ó una especie de yuro. Es de un bello color rojo oscuro lustroso, con dibujos negros: éstos consisten en una guarda en zigzag angosta, dentro de la cual aparece una serie de elementos de guarda griega combinados entre sí que arrancan de un triángulo. En los ángulos formados por el zigzag, y á ambos lados, hay unas figuras formadas por un manchón central, rodeado por una serie de otros más pequeños cuyo significado no nos ha sido dado descifrar aún; parece ser el sol, estrella ó flor. Esta figura la hallamos como terminación en vez de pies, en las patas de ciertos animales y aves pintados en las alfarerías calchaquies y á veces también, como en este caso, como elemento ornamental.

En la base de este jarro se ven líneas onduladas verticales en grupos de á dos que arrancan de la línea que separa el cuerpo de la base.

Nº 33. Jarro tosco con una pequeña asa sobre la cual hay grabados una serie de ángulos en línea vertical.

Nº 33a. Pequeña vasija tosca.

Nº 34 y 35. Dos pucos lisos con el interior negro y el exterior rojizo. Son del tipo común.

Nº 37. Yuro rojo liso fragmentado, del tipo de los hallados en el sepulcro de la Paya, departamento de Cachi, de uno de Pucarilla, departamento de Molinos, del cementerio de Sarugá, en Jujuy⁽¹⁾, y también de Calingasta.

Este objeto pertenece á esa serie de vasos que yo reputo sagrados;— uno de los cuales lo hallé con marcos de maíz en su interior, en Colomé Molinos;— y el que con su forma siempre invariable, pintado ó liso y en todos los tamaños, se halla desde el Ecuador hasta San Juan.

Estos vasos abundantes en el Perú y atribuidos al periodo incásico, merecen un estudio detenido y prolijo sobre las causas de su gran dispersión geográfica y su simbolismo.

Llamo muy especialmente la atención de los americanistas sobre este vaso. Por mi parte, trataré de reunir en un trabajo

(¹) ROBERT LEHMANN-NITSCHÉ: *Catálogo de las antigüedades de la provincia de Jujuy, conservadas en el Museo de La Plata*; lámina V b. figura 13.

que tengo en preparación el mayor material posible, para que sirva de contribución al estudio de tan interesante pieza.

Los partidarios de la dominación de los Incas en el valle calchaquí, hallan en este vaso un gran argumento; pero para mí no es prueba suficiente.

Como digo, hay que estudiarlo; quién sabe si no pertenece á la civilización anterior á los Incas y que, como sagrado, haya perdurado invariable en su forma y simbolismo á través de todos los acontecimientos posteriores, tanto más que se halla frecuentemente en Tiahuanaco.

Escarificadores (lámina II):

Nº 38. Escarificador. Adopto este nombre para el objeto que nos ocupa, hallándome en un todo conforme con lo expresado por mi estimado colega el doctor Lehmann-Nitsche cuando publicó la serie de estos aparatos de Jujuy.

De conformidad con la costumbre que me he impuesto de que, cuando es posible, conviene hacer figurar toda la serie de objetos de la misma índole hallados en la vasta región calchaquí, para que así reunidos puedan servir mejor á los estudiosos, reproduzco al lado del que me ocupa, los de Jujuy, (*c, d, e*) otro más de Amaicha de Yocavil (*f*) que me fué obsequiado por mi buen amigo el doctor Adán Quiroga, y otro más de Santa María (*b*) que el señor Samuel A. Lafone Quevedo ha tenido la gentileza de facilitarme para la publicación. Esto nos demostrará que su empleo ha sido general en la región calchaquí.

El ejemplar de Antofagasta (*a*) tiene esculpida la parte angosta con dos grandes y largas aconaladuras, que le dan el aspecto de ser, ó el hocico ó las orejas de un animal; no puedo exactamente decir lo que quieren representar.

En cambio, la parte central está ocupada por una bella figurita representando á un indio con su tocado de tela en la cabeza (*tanga*), sentado en cuclillas, empuñando una gruesa y corta hacha, probablemente de piedra, en una mano, mientras que con la otra sostiene un largo instrumento cilíndrico, que apoya en su boca á modo de trompeta.

La figura representa á un guerrero, no hay duda, y quizás un jefe ó toki, dada el hacha que lleva, alentando al combate con su trompeta de guerra.

Esta preciosa pieza de gran valor arqueológico, además de darnos una representación de un indio y mostrarnos una cu-

riosa costumbre, apoya una vez más la opinión del doctor Lehmann-Nitsche de que estos objetos no podían ser meros alfileros de guardar agujas, sino aparatos destinados á funciones más importantes.

El de Amaicha (*f*) muestra en su parte central un cubo en cuyas caras se ven líneas que forman figuras geométricas; en una de ellas, mediante una protuberancia triangular, presenta el bosquejo de una cara humana de forma muy convencional.

El de Santa María (*b*) es todavía más sugestivo: en la parte central y superior se eleva una figura de tigre, con grandes dientes, mientras en la inferior se halla una mujer desnuda con los brazos en la posición común, á algunos ídolos de piedra calchaquies (¹), es decir, uno dirigido hacia los pechos y otro hacia la región genital, como si fuera una Venus de Médicis, y podríamos llamarla la Venus calchaqui para darle un nombre que la distinga, ya que esta figura, como he dicho, se repite muchas veces.

La imagen del tigre, como puede verse entre las figuras adjuntas, se halla también en uno de los escarificadores del cementerio número 1 del río San Juan de Mayo; mientras que en los otros de Santa Catalina, esta figura, y en otra posición, se ve sustituida por otro animal, monstruoso también, con grandes colmillos, pero con el aspecto más bien de vampiros; pero como estos últimos no tienen las alas indicadas y su silueta tiene un carácter marcadamente antropomorfo, se me figura que no es difícil representen máscaras monstruosas colocadas sobre cuerpos humanos. Esto relacionado con los tigres de los otros alfileros, nos darían la representación de los brujos uturuncos (²), en una palabra, médicos.

Estos médicos, por medio de los escarificadores, debían emplear la succión entre sus remedios, y la succión de sangre después de haber picado con el manojo de espinas de cardón, la parte del cuerpo donde se había localizado el dolor; y, seguramente por esta razón, y por las otras razones que indica la leyenda á que me he referido, es que fueron seguramente así-

(¹) Véase figura 12, 221 en *Notas de arqueología calchaquí* y figura 3 en *Datos arqueológicos sobre la provincia de Jujuy*.

(²) Sobre la leyenda que á ellos se refiere, véase mi trabajo: *La leyenda del Yaquareté Aba y sus proyecciones*, etc., en «*Anales de la Sociedad Científica Argentina*», tomo XLI, entrega VI.

Uturuncu = el tigre que se hace hombre cuando quiere. Superstición ésta muy generalizada.

LAFONE QUEVEDO: *Tesoro de Catamarqueñismos*, página 332.

milados los médicos á los tigres uturuncos, como elupadores de sangre.

Las succiones sin sangre las practican también los médicos de los indios del Chuco, aplicándolas directamente con la boca puesta en la parte enferma (1). Entre los Abipones también se usaba el chupar (2).

Entre los Mataguayos, á los médicos llaman *Yegu*. Su modo de curar es inclinarse con todo su cuerpo sobre el paciente que está recostado en el suelo, poner sobre la parte dolorida ambas manos á *guisa de tubo*, y aplicando á ellas la boca, soplar con toda su fuerza emitiendo al mismo tiempo unos roncocos mujidos (3).

Casi todas las tribus americanas hacían lo mismo.

La succión, según el señor Bourke (4), es común entre los Apaches, por sus médicos. «Cuando un dolor ha empezado á localizarse en ese lugar, el médico recurre á la succión, levantando ampollas de ese modo.»

La escarificación la emplean también usando un atadito de hortigas hasta que la sangre fluya, esto lo hacen cuando se hallan muy cansados.

Los médicos en la Florida, según Vaca, practicaban la succión y el soplido en el paciente y también la escarificación.

En la Española, curaban también por succión. Venegas habla de un tubo llamado *chacuaco*, formado de una piedra negra muy dura, usada por los médicos de California para practicar la succión en las partes del cuerpo afectadas de dolores agudos.

En estos tubos, algunas veces colocaban tabaco encendido y soplaban con el humo sobre la parte afectada.

El empleo de estos tubos para producir la succión, los llamamos también entre los *ojibwa* de Estados Unidos.

El tubo es entre ellos de hueso; y, frente á la página 278 del *Seventh Annual Report of the Bureau of Ethnology*, puede verse la lámina XVIII que representa á un médico de estos indios

(1) *Dobrizhoffer* por LAFONE QUEVEDO, página 54.

(2) LUIS J. FONTANA: *El Gran Chaco*, Buenos Aires, 1881, página 162.

(3) *Los Indios Matacos y su lengua*, por JUAN PELLESCHI, con una introducción de S. A. LAFONE QUEVEDO, «Boletín del Instituto Geográfico Argentino» tomo XVII, cuaderno 10, 11 y 12, 1897.

Los Matacos y su lengua, por el P. REMEDI y Vocabularios ordenados por S. A. L. Q. «Boletín del Instituto Geográfico Argentino», tomo XVII, cuaderno 7, 8 y 9.

(4) *The medicine-men of the Apache*, by JOHN G. BOURKE «Ninth Report of the Bureau of Ethnology», páginas 471 y 472, 1887—1888.

(*Jes'sahkiid*) curando un enfermo por medio de la succión á través de un tubo de hueso (*).

El procedimiento es muy curioso; el médico, según el autor, lleva cuatro ó más tubos formados por los huesos de las patas de pájaros grandes, cada uno del grosor de un dedo y de cuatro á cinco pulgadas de largo.

Después de haber ayunado y cantado sus oraciones, el médico se coloca en cuatro pies cerca el enfermo con la boca aproximada á la región dolorida.

En seguida grita desafortadamente, haciendo sonar su sonajero, á fin de que el diablo, que causa el mal, se refugie en un solo punto del cuerpo; entonces aplica la extremidad de uno de los tubos en la parte afectada y la otra en la boca como si fuera un cigarro, y golpeándola en seguida con la palma de la mano, lo hace desaparecer en la garganta aparentemente; así hace con los demás, menos con el último, que, aplicándolo directamente en la región dolorida, chupa fuertemente por él haciendo violentas contorsiones á fin de extraer el demonio.

Luego, como si á su vez el médico se lo hubiera tragado mediante esta succión, se separa gateando del enfermo hasta cierta distancia, donde con otras contorsiones trata de vomitarlo, devolviendo todos los tubos de hueso, aparentando un gran sufrimiento.

Pronto se restablece y después de ordenar al paciente las medicinas que debe tomar, recibe su pago y se retira.

¿No habrán hecho otro tanto con estos aparatos los médicos calchaquies?

Objetos de madera y hueso (lámina III):

Nº 39. Cuchara de madera con mango recortado en escadera de un solo lado; muy parecida y del mismo tipo que las halladas en Santa María (†) y Hualfin (‡).

Nº 40. Cuchara de madera con mango esculpido y calado formando una serie de ∞; es el primer ejemplar que se describe; por el trabajo de ornamentación y lo relativamente frá-

(*) *The Mide-Wiwin or «Grand Medicine Society» of the Ojibwa*. By W. J. Hoffman, páginas 251 y 255.

(†) AMBROSETTI: *Notas de Arqueología calchaqui*, figura 249.

(‡) BRUCH: *Op. cit.*, figura 23.

gil de este utensilio, es de suponer que su uso no debió de ser el común: de instrumento apto para revolver loco ó cualquier otro alimento dentro de una olla, pues esto exigiría una cierta resistencia de que carece.

Nº 41. Cuchara de madera lisa y del tipo común, hallada frecuentemente en las tumbas de Jujuy y de las que nos hemos ocupado con el señor Lehmann-Nitsche en nuestros trabajos anteriores sobre arqueología de esa provincia.

Nº 42. Tubo de madera, con un rebaje en su tercio superior como para recibir una tapa y poder así servir de pequeño recipiente; parecido á uno de los publicados por el doctor Lehmann-Nitsche, del cementerio de San Juan de Mayo de Jujuy.

Nº 43. Orqueta de madera tosca, cuyo uso aún no ha sido comprobado. Se halla frecuentemente en las tumbas de Jujuy. El doctor Lehmann-Nitsche los describe como frenos de llamas (*auchenia llama*), guiándose por los datos publicados por el doctor Seler, al dar cuenta de la colección del doctor Max Uhle, 1896 (*), que se halla en el Museo Etnográfico de Berlín.

Hasta ahora no conozco que haya tenido esta aplicación, ni he hallado referencia al respecto. Las llamas que he visto utilizar, algunas llevan sólo un bozal, pero en ningún caso freno.

Este, creo además, que no tendría ningún objeto práctico. Poseo un ejemplar muy pequeño y el que nos ocupa es bastante irregular y tosco para ser empleado en ese sentido delicado; me inclino más bien á suponerlo una agarradera para llevar fardos ó facilitar su atadura como si fuera una hebilla.

Nº 44. Fragmento de un útil de madera perforado en toda su longitud, tiene rastros de escultura, pero tan destruidos que no pueden reconocerse.

Posiblemente ha pertenecido á un escarificador.

Nº 45. Parte de un aparato para producir fuego del mismo tipo del que aún hoy usan los indios del Chaco y los Caingú de Misiones. Este aparato se compone de dos trocitos de madera, uno largo, cilíndrico, y que termina en una forma redondeada ó subcónica, la que se introduce en una de las excava-

(*) *Verhandlungen der Berliner Gesellschaft für Anthropologie* en la «*Zeitschrift für Ethnologie*», 1894, páginas 409 y 410.

ciones del otro trocito, el que se asegura en el suelo ó sobre una piedra, á fin de permitir que gire dentro de dicha excavación el trocito largo.

El movimiento rotativo se imprime con las dos manos friccio- nando y apoyando al mismo tiempo, á fin de que se produzca una cierta presión que es la que determina, junto al movi- miento rotativo, la elevación de la temperatura; por consiguiente la carbonización, y, por fin, la inflamación de la madera del ho- yuelo, la que se ayuda con un poco de yesca ó yerbas muy secas. Así producen el fuego esos indios y así también lo pro- dujeron los calchaquies seguramente.

N^{os} 46, 47, 49 y 51. Pezones de huso ó torteros (fusaiolos) de hueso de forma especial y raros en calchaquí. Lo forman láminas cuadrangulares con los lados más largos, algo entrantes y agujero en la parte central. Uno de ellos muestra á cada lado un pequeño cuadrado saliente que agracia la figura. Esta particularidad se ve también en otro huso de madera de la misma forma, número 51, pero en éste la superficie superior se halla grabada con dos figuras triangulares dobles, una á cada lado del agujero central.

N^{os} 48 y 50. Pequeños husos de madera, uno de ellos con estrías grabadas y otro con dibujos formados por triángulos dobles en la zona superior y elementos de zigzag en la infe- rior.

Su forma es característica, porque se diferencian de los otros torteros discoidales, cónicos, planos, cuadrangulares ó de sec- ción de cilindro, comunes en los valles calchaquies, donde pre- dominan los fabricados en piedra ó barro cocido.

Estos están compuestos por una sección de cilindro á la que se superpone un cono.

El número 50 es muy parecido á uno de barro cocido que publiqué de Amaicha (Yocavil), en mi Notas de arqueología calchaquí (figura 193).

N^o 52. Topo ó alfiler de hueso liso. Una de sus puntas ter- mina en forma de espátula, su uso es desconocido.

N^o 53. Topo igual al anterior, pero con su superficie cubierta de círculos grabados con punto central.

Esta decoración es común hallarla sobre diversos objetos en los valles calchaquies. He descrito un tortero de Pomán, de

pedra, con los mismos dibujos circulares, grabados (figura 192 de mis Notas de arqueología calchaquí).

N^{os} 54a y 54b. Mates lisos preparados para servir de cajas ó recipientes para guardar pequeños objetos. Este uso es frecuente aun hoy entre los indios y la gente criolla.

En las tumbas de Jujuy y Calingasta, provincia de San Juan, son frecuentes los haliagos de mates, ya lisos ó pirograbados. En un trabajo anterior ⁽¹⁾ he reunido todo el material conocido hasta hoy y en el que pueden verse muy bellos ejemplares que demuestran hasta qué punto de perfección habían llegado los viejos calchaquíes en el conocimiento y aplicación del pirograbado.

N^o 55. Canastita, único ejemplar conocido de la región calchaquí hasta la fecha, en cuanto á su técnica que se diferencia del tipo *coiled* ó enroscado común en el valle calchaquí.

N^o 56. Collar de cuentas perforadas de malaquita, llamadas vulgarmente turquesas. Estas se han usado abundantemente en los valles calchaquíes, y numerosos ejemplares de estos collares hállanse entre las colecciones de nuestros museos.

El arte de tallar estas piedras y perforarlas, había llegado á una gran perfección entre estos indios; hay ejemplares de estas cuentas tan pequeñas que tienen sólo pocos milímetros de diámetro.

Además, en este collar se notan unos adornos de hueso de forma alargada y con un corte especial, y también algunos habitáculos de la larva de la mariposa (*Occeticus queyeri*).

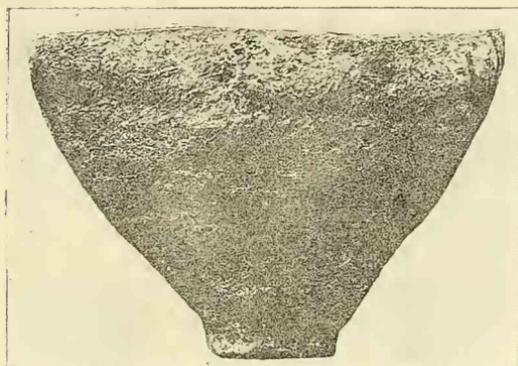
En mi trabajo sobre Antigüedades de la Provincia de Jujuy, he publicado un sombrero hecho con estos habitáculos, y el doctor Lehmann-Nitsche describió otro del cementerio del Río San Juan de Mayo.



Topo ó afiler de hueso

(1) Datos arqueológicos, etc.

En otro sepulcro, el señor Gerling halló dos cadáveres, acompañándolos sólo un simple topo ó alfiler de hueso, como el de la figura 52 y una olla periforme, negra, de aspecto ordinario y rústico.



Olla rústica

Los datos que hemos reunido sobre la arqueología de la Puna son escasos en número, pero ya suficientes para darnos á conocer y demostrarnos que sus antiguos habitantes eran de la misma rama calchaquí, de los que ocupaban la Puna de Jujuy, región esta última casi igual á aquélla, aunque con mayores elementos.

No por esto dejaron los viejos habitantes de la Puna de Atacama de tener comunicaciones con los demás calchaquíes del este y del sur, es decir, con los del propio valle de este nombre y con los de la cuenca de Londres; algunos tipos de vasos de los que se describen (lámina I, figuras 31, 32, 37 y 28), pertenecen á los hallados frecuentemente en Santa María, pero principalmente en Andalguala, Belén y Tinogasta.

La Quebrada de Luracatao, en Salta; el Cajón en Tucumán y Catamarca, y la Quebrada de la Troya ó Batungasta en esta última provincia, han sido los caminos por donde han comerciado ó se han invadido las tribus de la Puna con los Calchaquíes ó Diaguitas y por allí deben haber pasado esos bellos va-

sos pintados de colores vivos y con su simbolismo complicado é idéntico al que también hallamos en las regiones citadas.

El uso de los escarificadores nos dice lo mismo; éstos se han encontrado, no sólo en la Puna de Jujuy, sino también en Amaicha de Yocavil y en Santa María, provincia de Catamarca.

La forma de los sepuleros es igual á los de Santa María, Molinos y Hualfin, salvo alguno que otro detalle como el del estucado ó revoque interior, que, según tengo entendido, es la primera vez que se señala.

La identidad de los habitantes de la Puna con los Calchaquies ya fué apuntada por el doctor Francisco P. Moreno y no es difícil que ellos hayan servido de vínculo entre los Diaguitas argentinos y los chilenos, pues en el territorio de ambas repúblicas hállanse restos arqueológicos que denotan identidad en civilización, como ya lo hice constar en mi trabajo: *El Sepulero de la Paya*.

JUAN B. AMBROSETTI.



34



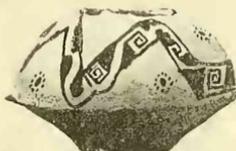
35



31



30



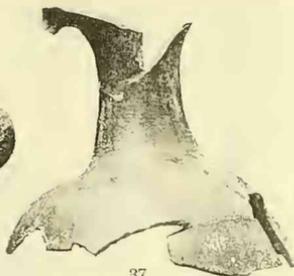
32



33



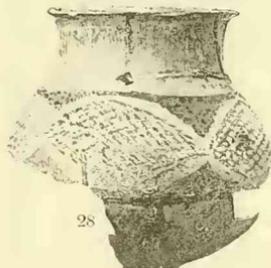
33 a



37



29

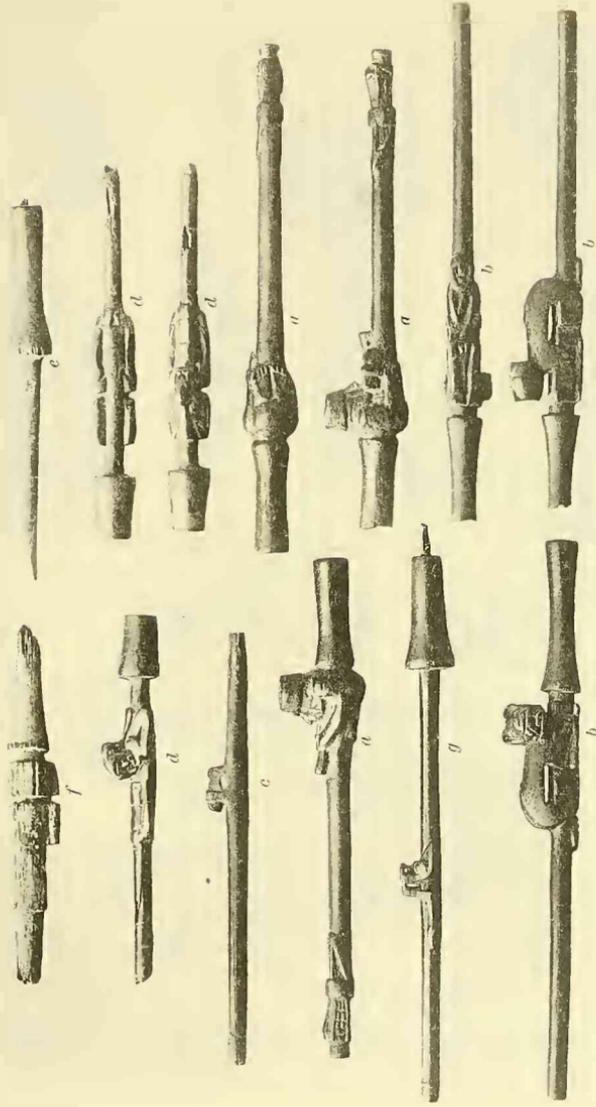


28

TAFEL DER PUBLICATIONEN

Alfarería de Antofagasta de la Sierra

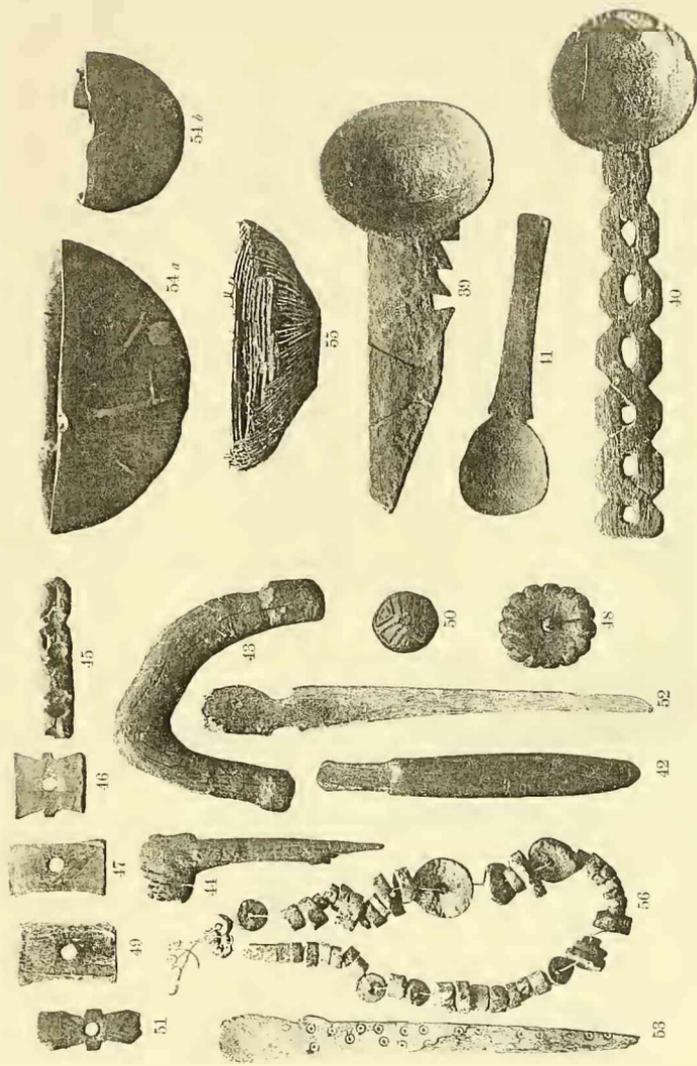
Los números son los mismos que los que poseen los objetos en el Museo.



ESCALERA DE TUBOS DE CAYAMA

Escarificadores calchaquies

- a) (38) De Antofagasta de la Sierra.
- b) De Santa María, Gatamarca. Colección Lalone Quevedo.
- c) De Casabindo, Jujuy.
- d) y e) De Santa Catalina, Jujuy.
- f) De Amatcha de Yacavil, Tucumán. Colección Ambrosetti.
- g) De Santa Catalina, Jujuy.



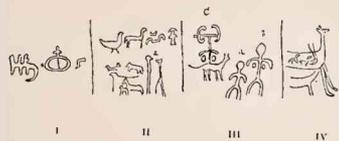


Fig. 1
Petroglifo de San Bartolú
(según Philippi)

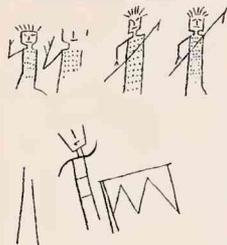


Fig. 2
Pictografía de la Vega de Infielés
(dibujo de G. Gerling)

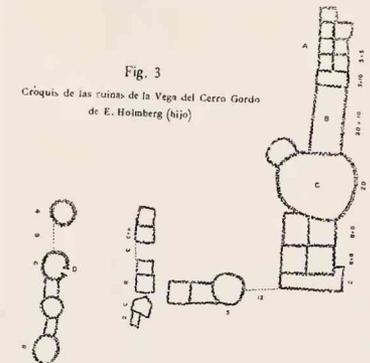


Fig. 3
Croquis de las ruinas de la Vega del Cerro Gorú
de E. Holmberg (hijo)

(Los números indican pasos)

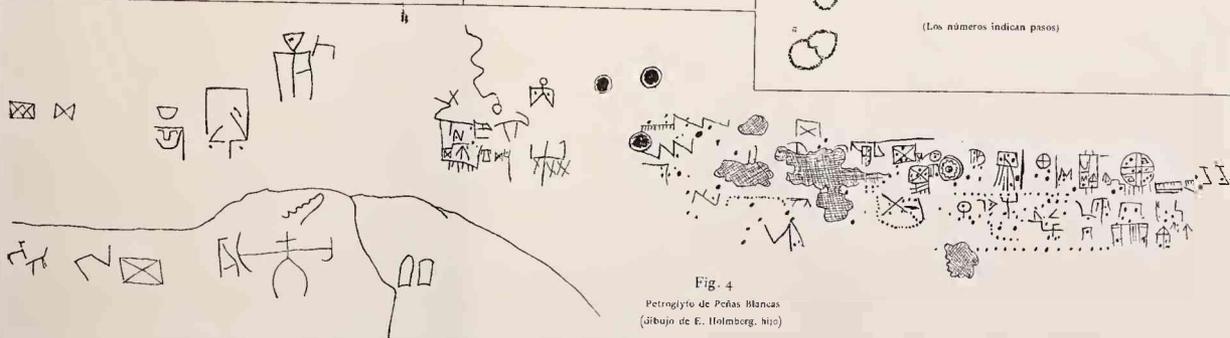


Fig. 4
Petroglifo de Peñas Blancas
(dibujo de E. Holmberg, hijo)